

Luis Ramos, OP

“Vida monástica femenina en el siglo IV”

p. 67-82

Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel

Amaya Garritz (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2000

238 p.

Figuras

ISBN 968-36-8273-1 (empastado)

ISBN 968-36-7742-8 (rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/376/mujer_legado.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PIEDAD, DEVOCIÓN Y GÉNERO





VIDA MONÁSTICA FEMENINA EN EL SIGLO IV

LUIS RAMOS, OP

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Introducción

En el seno de la Iglesia primitiva de los tres primeros siglos, el seguimiento de Jesús de Nazaret se desarrollaba en medio de una vida peculiar y del todo admirable,¹ el contraste con la vida grecorromana (llamada pagana) era tal que se volvió socialmente insoportable, como lo atestiguan las persecuciones. Constantino hizo las paces con la Iglesia en el año 313; cesaron las persecuciones; la tentación de identificarse con las costumbres sociales de la época fue muy grande y las masas de bautizados no siempre siguieron los caminos de la exigencia anterior.

Algunos hombres y mujeres decidieron asumir su compromiso de bautizados de manera exclusiva y optaron por una vida célibe a fin de concentrar la atención y las fuerzas en el amor a Dios y al prójimo, en una imitación estrecha del camino de Jesús. Unos decidieron por el celibato individual (eremitas), otros por la vida de célibes en comunidad (cenobitas) y decidieron adelantar la vivencia del cielo en términos cristianos que se resumen en la perfección del amor (la caridad) por la práctica de la alabanza y la fraternidad. Las primeras experiencias fueron espontáneas y sin orden (tradición de san Antonio Abad [n. 251] en Egipto) y otras más institucionalizadas, como las que salieron de las reglas de san Pacomio (ca. 292-347).

La vida monástica femenina siguió cauces paralelos a los de los varones. En el presente trabajo se alude solamente a unos cuantos ejemplos, los más notables de los que podemos acumular: mujeres cristia-

¹ *Discurso* (anónimo) a Diogneto, cap. v. A Diogneto, que le interrogaba sobre qué clase de religión era ésta de los cristianos, el autor anónimo respondió que los cristianos “dan muestras de un tenor peculiar de conducta, admirable, y por confesión de todos, sorprendente”, D. Ruiz Bueno, *Padres apostólicos*, 3a. ed., Madrid, BAC (65), 1972, p. 850.

nas que querían vivir su exigencia en una consagración de amor a Jesucristo. La vida comunitaria consistía en la práctica del difícil arte de la fraternidad (¿podríamos usar la palabra sororidad?) y la alabanza ininterrumpida.

Tenemos la suerte de contar con espléndidos documentos del siglo IV que nos ilustran con ejemplos concretos, plenamente avalados por la investigación histórica, la experiencia de los inicios de una vida monástica femenina en tiempos del imperio romano tardío. Hemos utilizado dos documentos principales: *La vida de santa Macrina*, escrita por Gregorio de Nisa hacia el año 382, y la *Vida anónima de Olimpia* que junto con las *Cartas a Olimpia*, escritas por Juan Crisóstomo, tenemos la fortuna de poder leer en edición crítica. Así pues, tras las huellas de Macrina y de Olimpia, seguiremos la pista de las primeras experiencias de vida monástica en el Medio Oriente y en la capital del imperio: Constantinopla.

ORIENTE MEDIO: LA VIDA DE SANTA MACRINA

Vida de Macrina (citada en adelante: VSM)

Nacida probablemente en el Ponto, lugar de nacimiento de sus abuelos paternos, hacia el 327, en el mismo emplazamiento donde un hermano suyo, un poco menor que ella, san Basilio (más tarde famoso obispo de Cesarea de Capadocia), recibió su primera educación.

Según la cronología recibida, hacia 340 (si nació en 327 como creemos) Macrina decide vivir por sí misma, no como una actitud narcisista o autista, sino para entrar cabe sí y buscar a Dios. Es también una decisión de libertad; tomando la decisión de su padre sobre su vida, como ya definitivamente cancelada por la muerte de su prometido, se dedica ahora con determinación personal a la vida ascética: hace una decisión de vivir como virgen consagrada.

La razón que Macrina argüía se refería a la fe en la resurrección; decía que si sus padres la habían dado en matrimonio a un pretendiente no podía ya aspirar a otra boda, puesto que el matrimonio es uno, como el nacimiento es uno y el bautismo uno; así su decisión de entregarse a aquel a quien los padres le habían indicado no podría variar, puesto que su prometido, quien vivía ahora para Dios, no estaba en realidad muerto sino de viaje y no sería adecuado romper la fidelidad a un esposo de viaje (5, 15), razonamiento por demás tortuoso, más adaptado para interrumpir cuestionamientos prolongados so-

bre su decisión que para convencer una mente inquisitiva. Así pues, determinó quedarse con su madre, Emelia, para servirla, para que le cuidara el alma mientras ella misma cuidaba el cuerpo materno.

Preparación a la vida monástica

Es necesario notar que la vida monástica femenina no estaba aún estructurada como en el siglo XVI o en siglos posteriores. De hecho, la vida de piedad en los hogares cristianos del siglo IV con frecuencia se organizaba en un ambiente religioso de paz y oración que les daba una característica contenida y sosegada, frente a un mundo pagano de cultivo de la propia imagen, de la búsqueda de la vanagloria y la acumulación de la riqueza. El paso de una vida hogareña a la vida monástica difería sólo en los medios; por ejemplo, en la elección de una clausura, la exclusión de toda comodidad y la dedicación al conocimiento y estudio de la Sagrada Escritura.

El primer paso de toda vida monástica, en su modalidad de virginidad consagrada, era permanecer bajo la vigilancia y la obediencia a los padres.² Hija de una familia de nueve hermanos, debía hacer fructificar la vasta propiedad para poder pagar los impuestos, una vez muerto el padre. Aprendió Macrina a administrar un gran territorio, como los que se vieron emerger al final de la gran crisis del siglo III.

Macrina inició su vida ascética en el Helesponto, cerca de Iborá, donde la familia tenía su mansión. La propiedad de la familia estaba en Anesia (Anesís hoy: Sonusa [Uliköy]), cerca del río Iris (Yehil Irmak) y del río Lycos (Kelkit Cayi). Macrina se dedica a la vida filosófica (*bios philosophikós*)³ que decidió llevar a los doce años, luego de la muerte del prometido que le habían escogido sus padres; éste tendría alrededor de 25 años (apenas salido de la escuela), diferencia de edades que era normal en la casa de Macrina y en las costumbres nupciales de la época en todo el imperio. Así Macrina combinaba una vida de solución de los problemas económicos y financieros con una introducción a la

² Ver Eusebio de Emesa, Homilias VII (*De Virginitate*), n. 22 (ed. Buytaert, p. 190, 5-6). Conviene que las vírgenes habiten con sus padres.

³ Gregoire de Nysse, *Vie de sainte Macrine*, introduction, texte critique, traduction, notes et index par Pierre Maraval, Paris, Cerf, 1971, Colección Sources Chrétiennes, n. 178; para el significado de "vida filosófica" ver cap. IV, p. 90 y s. Citado en adelante como Gregorio de Nisa para el texto y Maraval para la introducción y notas.

vida inmaterial y despojada, recordando el salmo 62, 10: “Si las riquezas se incrementan, no le apeguen el corazón.”

Sus hermanas fueron dadas en matrimonio y Macrina quedó con su madre haciendo una vida ascética dentro del hogar, una vida de intenso trabajo manual de hilar y tejer lana, y aun de hacer pan como las esclavas. En esto de trabajar con las manos seguía el ejemplo de su hermano Basilio, quien en sus reglas monásticas otorgaba lugar importante al cultivo de la tierra como actividad de todo monje. Éstas eran pues las condiciones ideales de preparación a la vida monástica, es decir, un entrenamiento bajo los ojos de los propios padres y en este caso bajo la dirección de la madre. Por esta época (350) se inicia también en Roma una cierta forma de vida monástica femenina cuando —por ejemplo—, luego de enviudar, Marcela transforma su mansión en un gran convento sobre el Aventino.⁴

La cultura

Un aspecto distintivo de esta vida monástica del Medio Oriente es el cultivo de los estudios. Las mujeres no se excluían de la cultura, y la inteligencia era una virtud celebrada en las clases altas. Se celebraba cuando una pequeña era *filóloga o filógrámatas*.⁵ En este caso la formación que nos presenta la VSM es una formación en el aspecto religioso.⁶ Se da por supuesto el estudio de las letras.⁷

La familia entera se transforma en una comunidad ascética. Macrina introduce a su madre al ideal monástico, a la vida filosófica o de persecución de la sabiduría, que consiste en un tren de vida ascético, comenzando por la renuncia a las comodidades de la vida de los grandes terratenientes. En efecto, amos, administradores y esclavos se convierten a una vida de austeridad, de oración y de comunión de los bienes.

⁴ San Jerónimo, *ep.* 127, 5 (CSCL 56, p. 194,5s). Sobre antecedentes en este sentido ver P. Schmitz, “La première communauté de vierges à Rome”, *RBé* 38, 1926, p. 189-195, citado por Maraval, *op. cit.*, p. 54, nota 3.

⁵ Ver Maraval, *op. cit.*, Introducción, p. 49, nota 3.

⁶ Ver H. I. Marrou, *Historia de la educación en la antigüedad*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1954 (France, Seuil 1948), ver especialmente cap. x, p. 403 s.

⁷ San Jerónimo, *ep.* 107, 4, 1.

Oración

La oración es el componente central de toda vida consagrada a Dios. La vida de oración es para Macrina un elemento esencial de la vida de las vírgenes consagradas, pues se trata fundamentalmente de una relación de amor con Dios, de unión íntima, de una experiencia mística.

Todo el día está santificado por la práctica de la oración. Al inicio del día, cuando las monjas se disponían a sus labores cotidianas, elevaban oraciones a Dios, cosa que repetían cuando la labor estaba terminada. Basilio nos cuenta que el trabajo en todo momento estaba acompañado de la oración, como aderezo, cantando himnos y otros cánticos. Al llegar a la mesa se daba gracias al creador por el don de los alimentos, y al terminar la refección se alababa al creador de todo bien. Las vírgenes consagradas, antes de tomar el reposo nocturno, elevaban su alma a Dios para entrar en el sueño con pensamientos santos. A media noche se levantaban a recitar los salmos de las vigiliias nocturnas.

En la tradición de san Basilio hay lectura en común de la Sagrada Escritura, a la cual sigue un periodo de meditación; probablemente también era la costumbre de Macrina y sus compañeras.

La vida de intensa oración tenía dos aspectos: uno era de carácter individual, íntimo, privado, y el otro, de carácter comunitario. Primero la oración y meditación en privado. Las vírgenes consagradas se dedicaban a modelar su corazón y su vida por medio de la lectura de la Sagrada Escritura. Además encontraban el tiempo para recitar en forma privada, partes del Salterio (los salmos de David) durante su día de trabajo: unas veces al tiempo que hacían la labor y otras, en breves momentos de soledad recogida.

En segundo lugar: el oficio en común. Ya Basilio describe con precisión las horas en que se desarrolla la adoración en común en los monasterios de hombres; aquí en la VSM tenemos al menos cuatro momentos importantes: 1) al levantarse; desde el principio del día se levantan para la oración, para alabar al Creador con los himnos y los cánticos” (Basilio, carta II a Gregorio de Nacianzo); 2) antes y después de comer; 3) al ir a descansar, y 4) la oración nocturna.⁸

⁸ Ver san Basilio, carta 207. Ya antiguamente había costumbre de orar en la noche. Tertuliano, *A su esposa*, II, V, 2; Cipriano, *La oración del Señor* 34; Clemente de Alejandría, *El pedagogo* II, IX, 79, 2 (Ed. Sources Chrétiennes, n. 108, p. 159). Hipólito, *Tradition apostolique* XXXVII (ed. Botte, p. 82), donde se dice que hay lectura de la Sagrada Escritura y que esta actividad hay que anteponerla al trabajo.

Compromiso social

Pero la vida no consistía en pura oración; había una fuerte exigencia desde el punto de vista de la caridad: la beneficencia, la hospitalidad y la caridad que hicieron famosas a las monjas de Anisa. Esta caridad hacia los pobres y los ancianos era característica de la vida de Emelia, a quien acudían pobres y extranjeros en busca de alimento. Los monjes no sólo producían para sus necesidades sino que prevenían los momentos de escasez de forma que compartían con los más pobres. No era extraño que alrededor del monasterio se reuniesen numerosos necesitados, trocando en ciudad lo que antes era yermo (VSM 12, 29-33). Macrina recogía huérfanos que encontraba errantes en los caminos (26, 31-33). El monasticismo de Capadocia tenía una dimensión social que Basilio le imprimió⁹ y que le habría de ser característico.

La cuestión de una mención sobre la participación de Macrina en las ceremonias litúrgicas (Macrina “ungía” sus manos para los servicios litúrgicos) ha hecho pensar en ella como diaconisa, pero sería extraño que la designaran para el cargo en una edad tan temprana; normalmente las diaconisas tenían sesenta años o más (Macrina murió a los 53).

Las superiores de los monasterios femeninos eran a menudo diaconisas, como podemos colegir del caso de Lampadion y hemos de ver cuando tratemos de la diaconisa Olimpia.

No sería adecuado pensar en una vida monástica estructurada en la época de Macrina, puesto que ni Basilio ha pensado en un ideal monástico en cuanto tal; se trata más bien de los ideales que los cristianos más exigentes se habían formulado para sí, sin pensar explícitamente en una renuncia de su presencia en la sociedad.

Desarrollo de la vida espiritual

Para Gregorio de Nisa la vida espiritual es un proceso, un proceso en que por grados se avanza hacia la perfección. Se trata de un crecimiento en la virtud (*aretè*), que constituye un progreso en la filosofía, en la pureza y en el descubrimiento de los bienes cada vez mayores. Los acontecimientos de la vida de Macrina son oportunidades para el cre

⁹ R. Sierra Bravo, *El mensaje social de los padres de la Iglesia*, Madrid, Ciudad Nueva, 198 p. 101-138.

cimiento y reciedumbre espiritual: la muerte trágica de su hermano Nectario, la de su madre santa Emelia, la muerte de Basilio su hermano y la ordenación episcopal de Pedro de Sebastia, también hermano suyo. En la VSM la vida espiritual se desarrolla en un cuadro familiar, cotidiano y vivencial, en la historia en la cual se da el llamado de Dios a crecer en la virtud, de forma que el proceso no conoce reglas ni gradaciones seriales preestablecidas. Macrina aprende de su padre en la infancia, y se le abren las puertas del amor a la sabiduría y la búsqueda de ésta. En su adolescencia, con la experiencia, aprende a aquilatar las vanidades del mundo, las valora, las compara con las riquezas del espíritu, las relativiza y las coloca en un lugar no preponderante. La madurez la lleva a reconocerse como la esposa del Cantar de los Cantares, lo cual considera a la vez satisfactorio desde el punto de vista sentimental y simbólico.

Como en otras obras patrísticas de la época, la VSM presenta el progreso tripartito de las siguientes etapas: 1) dominio de las pasiones, 2) dedicación a la contemplación y 3) consagración en el amor.

En primer lugar, el dominio de las pasiones es condición necesaria para progresar en este camino. Las personas que se ocupan en el dominio de las pasiones, dice Gregorio, no muestran cólera, envidia, odio, arrogancia ni nada semejante; se liberan de todo deseo de honor y de gloria. De aquí brota la *apatheia*. La *apatheia* es la consumación de la unificación del espíritu en Dios.

En el camino de la virtud existen caídas, enemigos, progreso, abundancia, mediocridad, pobreza, tristeza, alegría, pena, reposo, progreso, violencia. Estamos viajando hasta que llegamos al reposo. Mas la *apatheia* está libre de todas estas cosas. No tiene necesidad de nada. Está en Dios, y Dios en ella. No tiene enemigos, ni caídas, ni incredulidad. Ignora la fatiga, el temor, el dolor, toda clase de deseos, la preocupación de cualquier hostilidad. Sus ventajas son grandes e innumerables. Abad Isaías, *Orat.* 24.¹⁰

En segundo lugar, la contemplación de las cosas de arriba. La ambición de orgullo y de cosas semejantes queda excluida (II, 21-24). La vida contemplativa es la vida angélica y celeste de la tradición patrística posterior, es decir, una vida inmaterial, elevada y ligera, adjetivos todos del vocabulario platónico. A esta contemplación se llega sólo des-

¹⁰ Citado por Jesús Álvarez Gómez en *Historia de la vida religiosa*, Madrid, Instituto Teológico de Vida Religiosa, 1987, t. I, p. 189. Ver Abba Isaías, *Oratio* 24, en PG 40/1, 174.

pués de haber logrado la liberación de todas las pasiones. Macrina vive en el cuerpo, pero por encima del mismo, puesto que el cuerpo ya no la tira hacia abajo. Su gravedad la eleva.¹¹ Con esto Macrina se equipara a los ángeles por la contemplación, más aún en cierto modo regresa a la sociedad de los ángeles, caminando en las alturas con las potencias del cielo (1, 4-5), imágenes que recuerdan mucho las descripciones heroicas de cuño platónico. Lo específico cristiano en la VSM es que termina con el encuentro con Cristo. No busca una idea abstracta. Macrina está buscando un encuentro con una persona: Cristo.

En tercer lugar, la consagración en el amor. Es el amor lo que mueve a Macrina. Este puro y divino amor (*eros*) del esposo invisible es lo que atrae a Macrina; es el deseo profundo que le urgía a encontrar a su bienamado (22, 31-35). Todo el camino de la filosofía encuentra entonces concreción: la virgen está en tensión hacia el rostro del amado (*erastes* 22, 37). A partir de este amor concreto y personal se explica también la liberación de las pasiones, como estar crucificada con Cristo (Gálatas 2,20), un esfuerzo de purificar el alma para presentarla pura delante de Dios (24, 43-44) y ser acogida por Él (24, 45-46). El proceso de ascensión filosófica en Macrina es claramente una ascensión mística hacia Cristo.

La pobreza

La vida monástica femenina de estos tiempos hace particular acento en la pobreza. Es cierto que en la tradición basiliana la pobreza es la “nodriza de la filosofía”.¹² Es ciertamente una renuncia a la carrera militar, de abogado, es decir, a un papel social reconocido; esto es particularmente significativo en una familia de rango elevado y de reconocida nobleza como la de Basilio el Viejo y Emelia. Es un abandono de la vida lujosa, un rechazo a considerar a los hermanos esclavos. En Basilio y en la VSM hay una determinación de subrayar la igualdad de todos ante Dios, de forma que los señores realicen faenas de esclavos y lleven vida común con los antiguos esclavos. No se trata de una reivindicación del tipo político de sustitución en el poder. No es tampoco el

¹¹ Agustín de Hipona acuñará más tarde la famosa frase *Deus meus et pondus meum*, “mi Dios y mi gravedad” (que me atrae hacia sí).

¹² Basilio, *ep.* IV, PG 32, 236, citado por Maraval, *op. cit.*, Introducción, p. 99

sustituir el desprecio de los esclavos por el desprecio a los señores (actitud condenada por el Concilio de Gangra [ca. 340]) contra los mesalianos que despreciaban el trabajo manual. Macrina y sus hermanos sabían que el trabajo permite ejercer la caridad a los pobres, el trabajo está —como si dijeran— en función de la necesidad humana.

En la vida monástica primitiva del siglo IV, la soledad, la pobreza y aun la virginidad no son fines en sí; son medios de liberación para la dedicación a la contemplación de las cosas divinas, la oración sin cesar y el ininterrumpido canto de los himnos. En la VSM el final resume la actividad fundamental de la monja: sus últimos días están plenos de oración, cánticos y alabanzas con las que baña día y noche.¹³ La narración que Macrina hace de su vida a su hermano Gregorio es un collar de hitos en los que las cuentas de la vida espiritual, la muerte, el fin de la resurrección y otros temas trascendentes conducen, como de la mano, a la alabanza y a la acción de gracias en el interior de los santuarios celestes.

En el siglo IV la figura monástica de Macrina no es de ninguna manera una especie de apostilla postiza a la historia del monaquismo varonil. Macrina es una verdadera maestra de la vida espiritual: guía, consejera, orientadora que indica el camino de la perfección; es dechado del camino a la contemplación de las realidades divinas. La VSM muestra un rostro de la santidad en la cotidianeidad, en la familiaridad, en la vida habitual en donde aparece la intervención de Dios, donde se reconoce la presencia divina. No hay milagros espectaculares, no hay demonios tomando formas espantosas; hay simplemente la vida que la providencia desarrolla frente a una existencia atenta a las necesidades de los prójimos.

Es cierto que también se dieron exageraciones en la mortificación; las cartas de san Jerónimo a Paula y a Leta están allí para demostrarlo. A lo largo de la segunda mitad del siglo IV se organizan comunidades de mujeres en Roma, al lado de ciertas basílicas o en casas particulares como la de Marcela,¹⁴ con el beneplácito del papa san Dámaso. Algunas devotas de estos grupos de vírgenes y viudas consagradas cayeron

¹³ Como en la tradición posterior de los monjes acemetas (*akoimetoí*), que se dividían en turnos para que se mantuviera en el monasterio la alabanza divina noche y día sin cesar.

¹⁴ Santa Marcela (ca. 325-411) pertenecía a una noble familia romana. Luego de la muerte prematura de su esposo se dedicó a obras de caridad, al estudio y a la ascesis. Siguió las austeridades que le indicó san Jerónimo en la mansión familiar en el monte Aventino en Roma. Cuando Roma cayó en manos de los godos de Alarico en 410, Marcela obtuvo que los invasores respetaran a las vírgenes consagradas. Ella misma no escapó a las torturas, a consecuencia de las cuales murió.

bajo la influencia de san Jerónimo y pronto fueron criticadas por sus prácticas ascéticas exageradas y atentatorias de la salud corporal. La comunidad cristiana de Roma se dividió entre los partidarios de un ascetismo riguroso e intransigente como el de Jerónimo y quienes consideraban que el cristianismo podía muy bien vivirse en las condiciones del Bajo Imperio, como instancia crítica de una sociedad decadente, pero no con actitud paralizada por un pánico fanático.

EN CONSTANTINOPLA. OLIMPIA¹⁵

En 361 (368?) nace de una familia de la alta burocracia constantinopolitana. Habiendo quedado huérfana a temprana edad, Procopio, entonces prefecto de la ciudad de Constantinopla, fue tutor suyo. Olimpia (u Olimpiada) recibió una esmerada educación directamente de Teodosia, una hermana del santo obispo Anfiloquio de Iconio, muy amigo de Basilio el Grande. Teodosia puede contarse entre las mujeres cultivadas de este tiempo. Un obispo poeta y filósofo, Gregorio de Nacianzo, da de ella recomendaciones no comunes: “Que sea para ti ejemplo vivo en toda palabra, y en toda acción.”¹⁶ Probablemente cuando Gregorio fue obispo de Constantinopla (la sede imperial y por tanto la más relevante en el Oriente) intervino en la educación de Olimpia, a quien trata con familiaridad paterna. Para las mujeres de la clase social de Olimpia, la Sagrada Escritura era el mejor medio de formación intelectual y moral. Olimpia tenía sobrada formación y capacidad literaria como para que el propio Gregorio le dedicara su interesante comentario al Cantar de los Cantares. Su proximidad con los padres capadocios¹⁷ la hace destacada figura de las vírgenes consagradas de esta época.

Pero también se le reconocen influencias intelectuales de otras sabias mujeres de su tiempo, por ejemplo, de Melania la Mayor.¹⁸

¹⁵ Francisco de B. Vizmanos, *Las vírgenes cristianas de la iglesia primitiva*, Madrid, BAC, 1949, p. 517.

¹⁶ Citado por Anne-Marie Malingrey, Introduction, texte critique, traduction et notes, à Jean Chrysostome, *Lettres à Olympias*, seconde édition augmentée de la *Vie anonyme d'Olympias*, Paris, Cerf, 1968, Col. Sources Chrétiennes, n. 13 bis. Aquí ver introduction, p. 15.

¹⁷ Se llaman padres capadocios a los autores cristianos de la región de Capadocia (hoy Turquía central) que en el siglo IV escribieron obras doctrinales, particularmente sobre la teología de la Trinidad: Gregorio de Nisa, Basilio el Grande y su amigo Gregorio de Nacianzo.

¹⁸ Llamada también “Melania Senior, matrona romana que al quedar viuda en joven edad, se consagró a la vida ascética. Hacia 372 dejó en Roma a su hijo de seis años y marchó con Rufino a Palestina, donde fundó un monasterio en el monte de los Olivos. Volvió a Italia a los treinta años, pero se alejó de nuevo ante la invasión de los godos [...]; murió en Jerusalén probablemente

Se casó con Nebridio, prefecto de Constantinopla en el año 386, pero pronto enviudó. El propio emperador Teodosio le designó un nuevo marido, pero ella declinó el honor, a consecuencia de lo cual le fueron confiscados todos sus bienes. Esto le facilitó el camino a la pobreza y la austeridad a la que se dedicó como práctica ascética. La actitud de Olimpia impresionó a toda la ciudad y le fueron restituidos los bienes que entonces destinó a obras de beneficencia, particularmente eclesiástica. Tomando en cuenta su actividad benefactora con los pobres, el obispo Nectario le confirió el ministerio de diaconisa¹⁹ cuando apenas tenía 30 años (es sabido que la edad para recibir el ministerio de diaconisa era de al menos sesenta). Alrededor de Olimpia se reunió una comunidad de mujeres que se dedicaban a los mismos servicios que ella.

Olimpia hizo edificar en Constantinopla una mansión, entre la iglesia de Santa Irene (la santa Paz) y Santa Sofía (el templo de la santa Sabiduría de Dios, o sea: Cristo) para albergar a un buen número de mujeres que se habían reunido y habían permanecido con ella cuando las dificultades fueron más recias, debido a la privación de todos sus bienes. Así pues, luego que Nectario, quien le profesaba una profunda admiración por su inteligencia, humildad y prudencia, la ordenara diaconisa, reunió alrededor de sí a un grupo de mujeres bajo su liderazgo, del lado sur de la gran iglesia que Constancio había construido para ampliar la iglesia de la Paz, que después será llamada Santa Sofía,²⁰ en total unas doscientas cincuenta, para vivir la vida que corresponde a la de las santas en el cielo. Una comunidad que responda al fin de toda vida cristiana, una vida de fraternidad y alabanza. La comunidad *synodía*,²¹ literalmente “hacer camino juntos”, se refiere a una peregrinación, una marcha sin detenerse por lugares de paso o por tierras de exilio, como quiere el concepto cristiano (cf. II Cor 5, 26) y que encuentra su arquetipo en la peregrinación de los judíos hacia la tierra prometida. En la vida de Olimpia se hace alusión con las referencias al “desierto”, como metáfora de una vida pasada en la provisionalidad. De hecho Olimpia experimentará en carne propia esta peregrinación con motivo de su exilio. Cuando se habla de *synodía* en este

te en 410”. Tomado de A. Di Berardino (dir.), *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*, Salamanca, Sígueme, 1992, t. II, p. 1417.

¹⁹ *Diakonía* era un término técnico utilizado desde los primeros siglos de la Iglesia para designar las instituciones eclesiásticas de beneficencia que repartían bienes a los necesitados. Las diaconisas estaban al servicio de los pobres, en estas instituciones.

²⁰ Malingray, *op. cit.*, p. 419, nota 3.

²¹ Ver Malingray, *op. cit.*, p. 386-387.

texto de la vida de Olimpia se hace referencia a la experiencia comunitaria de un caminar hacia la tierra prometida (Ex 3,8), hacia el reposo (Cf. Salmo 94,11), hacia la Jerusalén celestial (Apoc. 21,12).

Juan Crisóstomo sucedió a Nectario. El nuevo obispo fue también beneficiario de la prodigalidad de Olimpia, y se anudó entre ellos una amistad recia, madura y duradera. El nuevo obispo ordenó a otras tres diaconisas, Elisancia, Martiria y Paladia, como presidentas (ministras) de los servicios de alabanza que se sucedían sin interrupción en el monasterio, según la tradición de los acemetas.

Dos espíritus evangélicos, fuertes y decididos, Juan Crisóstomo y Olimpia, entablaron una relación de comunión que sólo la muerte separaría. Ambos preocupados por el alimento de los pobres y por el bienestar de la ciudad,²² a pesar de su convicción de que “su ciudadanía estaba en el cielo” (Fil 3,20), consideraban obligación suya padecer por la justicia (I Pe 3,14).

Aún enferma, a consecuencia de los ataques de Eudoxia,²³ sigue —desde la reclusión de su pequeña habitación— dirigiendo las conciencias y animando a quienes sufren.²⁴ Pero el emperador no quería ver un apoyo del depuesto obispo dentro de los muros de la ciudad y Olimpia debió salir de la ciudad y refugiarse en Cízico. Pero ni allí encontró la paz, pues fue forzada a cambiar de domicilio, hasta que en Nicomedia fue dejada en paz. Olimpia no sobrevivió mucho a los maltratos de los repetidos exilios. Murió hacia el año 410. Durante doce años, quienes no se plegaron a los caprichos de Eudoxia fueron perseguidos. La herencia monástica de Olimpia²⁵ fue retomada por una de sus parientas, pero para este tiempo la institución monástica femenina en Constantinopla había ya hecho un largo camino. Dice Anne-Marie Maligray que es interesante observar la evolución rápida de la institución; en el principio, el obispo ordena con imposición de manos a unas diaconisas para el servicio de la Iglesia; a continuación una abadesa, Marina, preside la comunidad.

²² La vida de Juan Crisóstomo se desarrolla toda en un dinamismo febril tanto intelectual como práctico de responsabilidad por su ciudad (Antioquía, Constantinopla) y por los pobres. Ver R. Sierra Bravo, *op. cit.*

²³ La emperatriz Eudoxia fue esposa de Arcadio, a quien dominaba sin recato. No gozaba de las simpatías del pueblo, a quien ofendía el lujo de la corte. El obispo Juan Crisóstomo se enfrentó con ella repetidas veces para reprenderla por sus excesos; la emperatriz finalmente lo exilió, resultando de ello la muerte del obispo. Ver J. B. Bury, *History of the later Roman empire*, New York, Dover, s. f., v. 1, p. 138 y s.

²⁴ Juan Crisóstomo señala el liderazgo ejercido por Olimpia sobre las mujeres de su tiempo en la carta v, 2. Ver edición citada de Maligray, *Carta xi* (v), p. 310.

²⁵ Ver Vizmanos, *op. cit.*, p. 525.

Conclusiones

1. Después de la paz constantiniana (313), la Iglesia cristiana se volvió propietaria de terrenos y edificios; ante esto muchos cristianos decidieron tomar sus distancias de la sociedad imperante. Algunos grupos de cristianos quisieron dar testimonio de la radicalidad de su opción cristiana abrazando el celibato; unos individualmente, otros comunitariamente. El movimiento monástico varonil es más conocido; el femenino ha estado más bien en la penumbra, pero es tan importante como el otro. Se le llamó la virginidad consagrada, por la consagración exclusiva del amor a Cristo, tanto si tenían el pasado de María Egipcíaca como si habían renunciado al matrimonio desde jóvenes.

2. El ejemplo de Macrina subraya la esencia del monaquismo, como quien se atreve a entrar en sí misma, entrar cabe sí, estar consigo misma, que es sin duda uno de los sentidos de la palabra *monje*.

No se ve una institucionalización reglamentaria, ni parece que haya aislamiento del entorno familiar, sino más bien un contexto doméstico. Subraya la igualdad de esclavas y señoras en una vida de renuncia a la riqueza y comunión de bienes.

3. Tanto en Capadocia como en Constantinopla el aprecio por la cultura de estas comunidades es una nota distintiva. No son comunidades rústicas sino comunidades de estudio de la palabra de Dios, en la tradición origeniana de conocimiento de las ciencias y las artes necesarias para comprender el texto de la Sagrada Escritura.

4. No hay que pensar que la vida comunitaria servía de refugio a frustraciones o a miedos de enfrentar la realidad. Era una forma de hacerse cargo de los desafíos del tiempo. La vida monástica femenina lleva anexo un compromiso social por los pobres. Nuestros ejemplos están tomados de las obras de grandes autores cristianos, que eran a la vez recias personalidades, preocupados por el bienestar de sus ciudadanos y que dejaron obra arquitectónica en beneficio de las poblaciones de las que fueron obispos. Las vírgenes consagradas no solamente eran seguidoras, sino también tenían iniciativas propias en este sentido.

5. La vida monástica, una respuesta personal al desafío de seguir a Cristo, tiene una parte muy personal e íntima, y también una dimensión comunitaria. Constituye una respuesta natural, espontánea y a la vez muy disciplinada; requiere de libertad plena y también de cauces bien definidos. En la comunidad de Macrina, nos dice Gregorio de Nisa, se sigue un proceso: primero el dominio de las pasiones, luego la

contemplación de las cosas de arriba, la “vida angélica”, y finalmente la entrega al amor divino, en la unión mística. La introducción en el amor divino de forma espontánea es resultado de la paciente estructuración de una segunda naturaleza que permite realizar la entrega total al amor de Dios de manera “natural”.

6. Las mujeres cristianas como Macrina y Olimpia estaban lejos de ser personajes oscuros e irrelevantes. Eran verdaderas maestras orientadoras de la opinión pública en una época en que la mayoría era pagana y el cristianismo tomaba características de alternativa.

Por último, pero no por menos importante, la figura que de la mujer destaca en estas biografías hagiográficas es la de un ser afectivo, tierno, delicado, lleno de aspectos estéticos expresados en símbolos universales, que trascienden en el tiempo. La vida de oración contiene todas estas características de equilibrio lleno de pasión, de cultivo del conocimiento que humaniza y de febril actividad llena de prudencia audaz. Las dos vírgenes consagradas proyectan toda la reciedumbre femenina, el liderazgo firme, que dejó profunda huella no sólo en el siglo IV, sino en todos los tiempos donde esta virginidad consagrada floreciera en su esplendor primitivo.

Villa Coapa, D. F., 8 de agosto de 1998